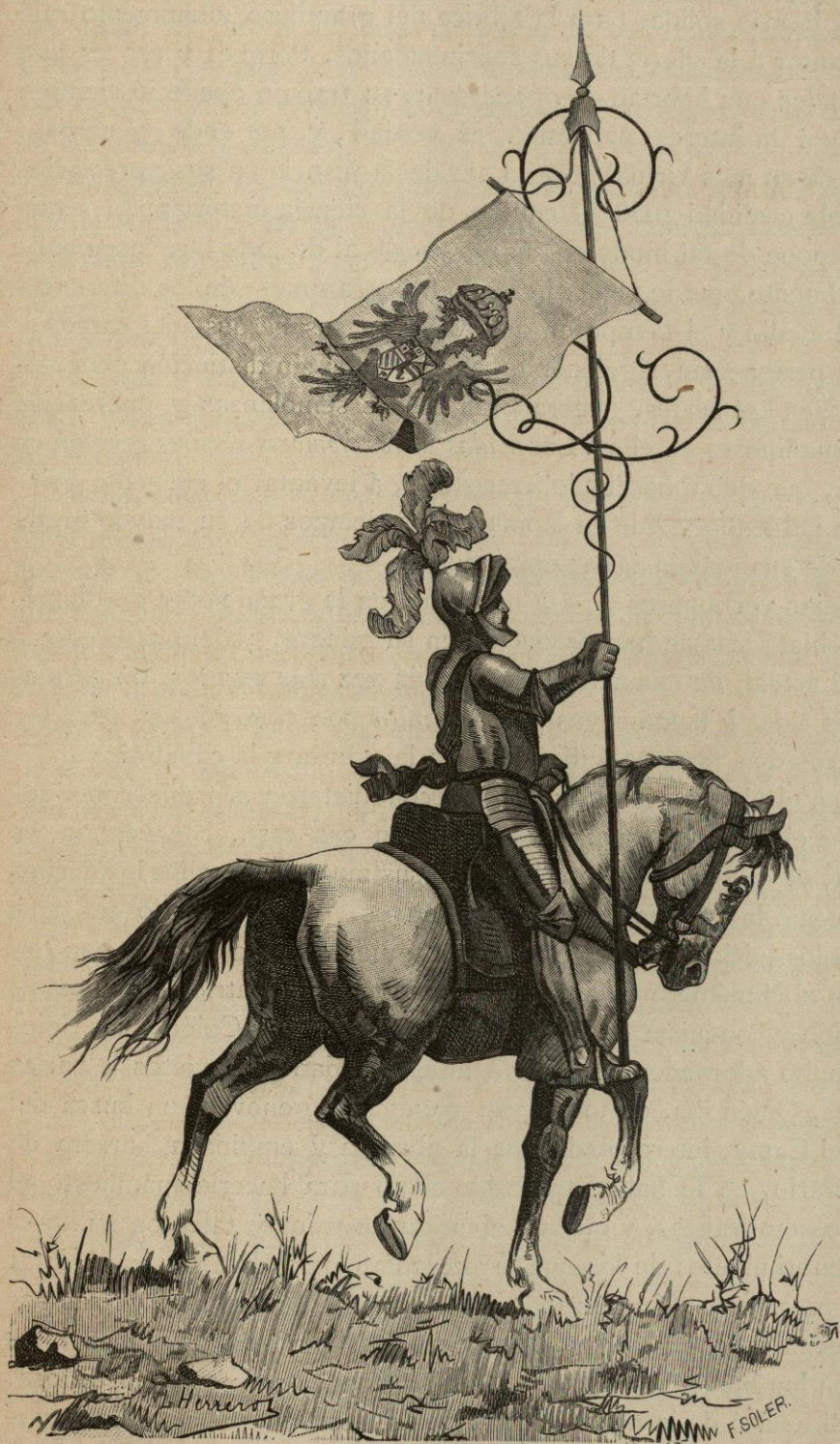


## CORTÉS Y PIZARRO

PARALELO



TOMO II.

ABORIOSA, tanto como delicada y ardua, es la tarea á que Plutarco dedicó sus estudios. La humanidad, como la naturaleza toda, ofrece caracteres tan varios en sus también diversas manifestaciones que no es, con efecto, fácil hallar motivos bastante fundados de comparación entre los seres que la forman. Con todo su espíritu observador, fortalecido por los conocimientos que poseía en la moral, la política y la historia; con su largo ejercicio en el gobierno de los hombres y la enseñanza de los príncipes, el biógrafo griego deja aún algo que desear en la mejor, la más



concienzuda de sus obras. Á pesar también de la vasta erudición que atesoraba, adquirida principalmente en su biblioteca de Cheronea, una de las más copiosas de que nos da noticia la antigüedad, cometió errores de que la crítica no puede disculparle; faltándole esa facultad de asimilación que hace fecunda la lectura de los grandes historiadores y filósofos, base, la más sólida, para la fábrica del grandioso monumento que se había propuesto levantar á la gloria de sus conciudadanos. Porque, y esa es una de las mayores dificultades que habrían de oponérsele, su trabajo obedeció siempre á un pensamiento fijo y á un interés, patriótico, es verdad, y, por ende, generoso, pero que iba á privarle de su más virtual eficacia, la de la justicia en sus apreciaciones, primera é ineludible cualidad para el cultivo de la ciencia histórica. El sentimiento heleno se sobrepone de tal modo en sus *Paralelos* al de toda otra nacionalidad, la romana especialmente, que le veda el cálculo frío y razonado de los diferentes estados de cultura, del medio y el tiempo en que vivieron sus héroes, del carácter, en fin, de la raza á que pertenecían, siguiéndolos en sus actos sin distinción generalmente de esas condiciones esenciales, generadoras de las semblanzas y diferencias que trata de poner de manifiesto en ellos. Las *Vidas de los hombres ilustres* revelan en Plutarco una tendencia, que debió hacérsele irresistible, á levantar el elemento griego sobre el latino, aun habiendo vivido en Roma en los tiempos de su mayor grandeza y educado á uno de sus más insignes emperadores.

Ahora bien: si se dejan ver lunares de esa magnitud en la grande obra de Plutarco, modelo de cuantas históricas se han producido en su género, ¿cómo atreverse á emprender en la época actual, de examen y juicios cada vez más severos, un paralelo entre hombres cuyos actos y hasta cuyos pensamientos son conocidos y, para ser juzgados, están todos los días puestos á discusión en la prensa y la cátedra?

Los que descubrieron el Nuevo Mundo y los que conquistaron sus diferentes regiones para imponerles el dominio español se hallan en ese caso, con ventaja, es verdad, para su gloria, ya que son públicos hasta en sus menores detalles los hechos suyos, los hazañosos como los políticos y administrativos, pero corriendo así también mayor peligro en los juicios que por ellos puedan merecer á las edades que han sucedido á la suya. En el sinnúmero de aquellos de nuestros compatriotas que se dirigieron á la exploración y conquista de las tierras arrancadas por Colón á las tinieblas del Océano, los hubo adornados de muy distintas cualidades y sujetos á varias y múltiples condiciones. Quién iba, como el gran navegante genovés, en busca del camino del Ophir y del Catay, interceptado por la abrupta y empinada barrera de montes que, sin esperarlo, se le había aparecido como para hacerle manifiesto el error de sus cálculos cosmográficos, y quién á ejercitar su valor y talentos militares aprovechando los descubrimientos de los que le precedían para dominar y explotar las comarcas vistas ó presumidas, feraces todas, en concepto de aquéllos, y ricas por encima de todo encarecimiento. La de los primeros era labor ruda, la nunca interrumpida de luchar con los huracanes del cielo y del Océano, secreta y misteriosa, en las tinieblas de la bruma ó de la noche, en las de un desconocido siempre pavo-



roso aun para los corazones del más alto temple; la de los demás era, después de todo, tarea en que la sangre sería fecunda en gloria, como vertida en los campos de batalla, á la luz de un sol cual en ninguna otra región del globo de espléndido, y ofreciendo por fruto aquel botín que constituía el ideal de mayores atractivos para la casi totalidad de ellos. Para satisfacer el del honor militar había otros teatros, y esos más próximos, donde España andaba disputando la primacía del influjo político en Europa con rivales y competidores poderosos, maestros también en el arte de las grandes batallas.

Dos de entre los conquistadores lograron alzarse muchos codos sobre sus camaradas de América; Hernán Cortés y Francisco Pizarro. Cortés reunía en su persona dotes muy superiores á las de Pizarro. En una, sin embargo, podrían rivalizar; en la del valor, el mismo en ambos, aunque revelado con distintas formas y según las ocasiones ó motivos, parecidos ó no.

Pero como esa cualidad, la de la virtud bélica, no es afortunadamente rara en España, podrá decirse: «Y entonces, ¿en qué fundar un paralelo entre los dos ilustres Extremeños?»

Tenían tales puntos de semejanza las empresas en que se comprometieron; tan igual era el objeto que las provocaba; así de parecidos iban á resultar los procedimientos que en ellas se emplearon, y el éxito fué tan glorioso y útil en una y otra, que el ánimo y la inteligencia se ven constantemente excitados al estudio de las causas que pudieran producir el conjunto de circunstancias que llegaron á dar idéntico carácter á tan admirables jornadas.

No se extrañe, pues, que entre Cortés y Pizarro, dos hombres tan desemejantes en su origen, educación, inteligencia y carácter, vayamos á establecer una comparación que es de esperar, sin embargo, resulte fundada en datos de suficiente autoridad para obtener el *plácito* de los críticos más escrupulosos y severos. Nadie, al verlos llegar á la Isla Española, preverá la igualdad de sus destinos, examinando en Cortés al mozo gentil, inteligente, con las elevadas aspiraciones de quien sólo una fatal é intempestiva dolencia priva de satisfacerlas en los campos gloriosísimos de Italia, y en Pizarro al hombre rudo, sin sombra siquiera de otras aptitudes que las de un corazón que no han de lograr conmovier los huracanes del mar y de la guerra que corre á resistir con la misma, al parecer, inconsciente serenidad que las privaciones y hasta el hambre que le esperan. Los dos buscan el peligro; y aun obsequiado el primero por su pariente, el célebre Comendador Ovando, se traslada á Cuba donde se combate sin cesar para la sujeción de los indios que pueblan aquella feraz isla, mientras el segundo, Pizarro, sigue á Vasco Núñez de Balboa al descubrimiento del mar del Sur y hasta verle en el patíbulo, sacrificado al odio y á la envidia de quien, por el contrario, le debiera estimular á otras empresas como la por él acabada con éxito tan brillante. El hijo de Medellín tiene en su talento, en sus traeres y cortesanía recursos con que abrirse paso en el ánimo del gobernador de Cuba hasta obtener posición, conexiones y privanza que le alzarán al mando de una armada de

ESCUELA DE ESTUDIOS  
HISPANO-AMERICANOS

BIBLIOTECA



las varias que han de continuar la obra de Colón en las costas inmediatas de Tierra Firme; el de Trujillo, indotado de medios parecidos, ha de aguardar mucho tiempo para, aun con los avisos, los consejos y el ayuda eficaz del que será su rival en los fastos de la historia, acercarse á la meta de sus insaciables ambiciones.

Pero á pesar de la diferencia de los tiempos que concede á Cortés la originalidad de sus propósitos y de sus actos, muy anteriores á los de Pizarro, en quien los dispartaría el ejemplo, ya que le eran conocidos por su notoriedad ó por habérselos comunicado, según acabamos de indicar, su mismo autor al volver de Méjico, vamos á partir en este paralelo del momento histórico en que cada uno de nuestros héroes comienza á revelar esos propósitos y á ponerlos en ejecución.

Hernán Cortés sale de la Habana el 10 de Febrero de 1519; enemistado ya con Diego Velázquez que, arrepentido del nombramiento que había hecho en él para el mando de aquella armada, quería detenerle en la isla y aun aprisionarle. El que pudiéramos llamar su pronunciamiento, reducido hasta entonces á una fuga á que ayudan sus camaradas de expedición entusiasmados con el generoso adalid que les depara la fortuna, se consuma en la Vera-cruz al desguazar las naves de su escuadrilla, excepto la en que Hernández Portocarrero y Montejo van enviados al Emperador pidiendo la confirmación del cargo de Capitán general y Justicia mayor que habían conferido á Cortés al desembarcar en San Juan de Ulúa. Esto era ya en el mes de Julio de aquel mismo año y después de la recia batalla de Tabasco, donde, con su valor y su habilidad militar, supo Cortés conquistarse aún más las voluntades de sus compañeros de armas, que, desde entonces vieron en él un Capitán cual no calculaban encontrar para las circunstancias en que se veían y los trances que eran de esperar en jornada tan extraordinaria. Aquel pronunciamiento no fué, ciertamente, el primero en nuestra España, saliendo de aquella Edad media en que tanto había costado á los reyes castellanos y aragoneses suprimir las rebeldías de sus grandes vasallos, ni sería, por desgracia, el último, modelándose en sus procedimientos tantos y tantos ocurridos después en Italia y Flandes con sus *Electos* y sus recursos ó representaciones al Soberano. Como los modernos que han affligido á nuestra patria, el de Méjico tuvo su correspondiente junta en el Ayuntamiento de Vera-cruz, en Cortés, su caudillo, y buscó en la propaganda de tan aventurada resolución la manera de procurarse la fuerza que no podría darle la justicia, bastante problemática, de su causa.

El pronunciamiento de Pizarro no ostenta los rasgos que el de Cortés ni amenaza con los mismos peligros. Su carácter es, al verificarse, puramente personal y dramático, pero en formas que dejan muy atrás las de un melodrama del más exagerado romanticismo. Sus resultados acabarán por ser también decisivos para el completo de la jornada por lo que van á influir en el ánimo de cuantos pueden hacerlos eficaces; de los aventureros, admirados del valor y de la fe de Pizarro en sus destinos, y del monarca que, con el ejemplo de Méjico, ve ya en sus manos el cetro de otro imperio tan vasto y poderoso como el de Nueva España que acaban de entregarle.



Al hijo espurio, porquero de Trujillo, abandonado, al parecer, del cielo como de sus progenitores, no hay quien le fíe una armada, grande ni chica, porque la única garantía que ofrece para la realización de sus proyectos es su fama de esforzado, nada de extrañar en la multitud de los que lleva á aquellas regiones la sed de oro, todos valerosos y muchos hasta la temeridad que suele inspirar el miedo á la miseria y al hambre. Gracias á que asociándose con Almagro y Luque, aventurero también, aquél, y buen soldado, sacerdote, el segundo, y con reputación de rico y digno, logre salir de Panamá con un mal barco, como Almagro después con otro, que habrán de volver á la costa de donde meses antes habían zarpado. Pero en su segunda expedición, en que, por falta también de recursos, que sus socios no logran arrancar al nuevo é inexorable gobernador de Panamá, se pretende obligarle al abandono de todas sus ilusiones, esperanzas ya que le ofrece el espectáculo de las tierras ecuatoriales que ha llegado á reconocer, Pizarro resiste las órdenes que le alcanzan en la isla del Gallo con un rasgo de carácter que, sin los demás que le valieron el éxito de la jornada, le hubiera, él solo, proporcionado la inmortalidad de su nombre.

¿Para qué recordarlo si no hay memoria de hombre que lo haya relegado al tenebroso piélago del olvido?

Sin la destrucción de las naves de Cortés, el imperio de Moteczuma hubiera subsistido aún por mucho tiempo; sin el heroico arranque de Pizarro al trazar aquella raya que separaba, de *la región del gusto, la de la muerte, de los trabajos, hambres y desnudez* y que sólo cruzaron trece de sus camaradas, «el nombre de Pizarro, dice un historiador, estaría hoy encubierto en el olvido y la conquista del Perú habría quedado para otros y más felices aventureros.»

¡Cómo la fortuna de España, de la España de aquellos tiempos, y por cuán distintos caminos, con tan diversas y todas extraordinarias circunstancias, iba acumulando elementos para formar el incontrastable, á la par que glorioso, imperio de Carlos V!

Al venir Pizarro á la Corte, falto de los medios que comprende han de serle indispensables para conseguir su objeto, se avista con Cortés, y en eso consiste acaso su fortuna, pero también su inferioridad en el concepto que merecen una y otra empresa, la del Perú y la de Méjico. Porque Cortés, que le presta apoyo para sus pretensiones del mando de una expedición y de los cargos de Capitán general y Justicia mayor que le han de dar autoridad, prestigio y medios con que superar los obstáculos que todavía han de oponérsele, le cuenta su hazaña, le instruye en los procedimientos de que se ha valido para el ataque y la ocupación del vasto territorio por él conquistado, y le da los consejos que le inspiran su talento, la experiencia adquirida y el interés, la simpatía, al menos, hacia quien le está quizás unido por los lazos de un parentesco, aunque no próximo ni público.

Nuestro invicto Emperador, que había concedido á Cortés aquellos cargos á solicitud del Ayuntamiento fundado en la playa próxima á San Juan de Ulúa en Nueva España, ¿cómo iría á negarlos á quien tan halagüeñas noticias le llevaba del Perú,



tantos peligros había corrido por adquirirlas y le refería su extraordinario arranque de la isla del Gallo tan patéticamente que, al decir de verídicos cronistas, le arrancaba hasta lágrimas de los ojos y los más calurosos elogios de sus augustos labios?

Armados de tales datos, trasladémonos á las remotas orillas del golfo antillano y del mar del Sur á fin de presenciar, aun cuando sólo con la memoria, las operaciones de nuestros dos ilustres adalides, con la reserva, empero, también de la distancia de los tiempos, suficiente, según ya hemos indicado, para poder aquilatar el mérito de las de uno y otro al par que la prioridad de sus actos y su eficacia. Porque si no está fuera de duda, está por lo menos en lo probable que Pizarro se enardeciera en su fe con las noticias de Cortés y con las de sus éxitos, al verle luego separarse muy poco del camino trazádole por su insigne compatriota en las conferencias con él celebradas en Toledo.

Muy parecidos tenían que ser los procedimientos para acometer el asalto de los Andes y el de la cordillera cuya vasta meseta constituye el Anáhuac mejicano. Era indispensable crearse una base de operaciones en que recibir los auxilios y refuerzos que pudieran enviarse á los expedicionarios, donde, sobre todo, acogerse en el caso, nunca improbable, de un revés. Poco sólidas eran en uno y otro caso las elegidas, mejor dicho, las únicas halladas por Cortés y Pizarro en la Vera-cruz y en San Miguel, ciudad, ésta, fundada, como la otra, por los españoles, ya que Túmbez no ofrecía comodidad para la estancia ni las condiciones estratégicas de la nueva.

Son muy curiosos los pormenores concernientes á este primer establecimiento de Pizarro en la ribera del Pacífico, donde se le vió utilizar las discordias de los naturales con tal habilidad que hace recordar á un sesudo historiador de la conquista del Perú la de Cortés, diciendo: «Pizarro consideró esta noticia (la de la guerra civil entre los hijos de Huayna-Cápac) como asunto de la mayor importancia, porque conservaba memoria del uso que había hecho Cortés de disensiones análogas entre las tribus del Anáhuac. Es verdad, añade, que Pizarro parece haberse propuesto por modelo y ejemplo á su gran predecesor en muchas ocasiones además de ésta.»

Ya se internan, lo mismo Pizarro que Cortés, por el inextricable laberinto de montes y cañadas, de bosques y páramos que media entre el mar y las cumbres andicas, solar del imperio de los Incas, como en el de los Aztecas las tierras y desfiladeros dominados, á su vez, por los picos de Orizaba y Cofre de Perote retratándose en el golfo de las Antillas. Si Cortés no ignora las fuerzas de que puede disponer Moctezuma, exageradas por los caciques, cronistas y embajadores que le han ido sucesivamente saliendo al encuentro y tomando nota de las suyas, también Pizarro, además de las noticias que han llegado á su oído en las anteriores expediciones, recibe, al ganar la cordillera, las más detalladas del grande ejército que tiene Atahuallpa en el campamento de Caxamalca. No bastándole las que obtenía en el país y las que ¡coincidencia rara! le daba un embajador también del Inca con misión igual en todo á la desempeñada por los que puede decirse que diariamente visitaban el real de



Cortés antes y después de su victoriosa entrada en Tlascalla, el futuro conquistador del Perú destacó, para adelantarse y correr la tierra, á Hernando de Soto, tan valiente, hábil y experto como demostró entonces, pero mejor aún luego en la célebre jornada de la Florida, su gloriosa tumba.

Era Pizarro tan astuto como enérgico y sabía disimular, ya que no su ignorancia, porque eso era imposible, la rudeza de su carácter, pero particularmente la crueldad de que después dió muestras tan espantables, con el fingimiento de una dulzura que equivalía, si no superaba en sus efectos, á las artes de Cortés para ganarse las voluntades, la amistad y la cooperación de los indios. Sus dos primeras expediciones, ejemplos, como pueden considerarse, de privaciones, contrariedades y riesgos que en hombre menos sagaz y previsor hubieran despertado y hecho estallar el fuego de tantas iras y odios como atesoraba el corazón del inculto y soez porquero de las montañas extremeñas, ejemplos fueron también de la más refinada política pues que trataba á los íncolas con la mayor humanidad, hasta con agasajo, no sólo respetando sus haberes, en cuanto lo consentía el hambre, sino rehuyendo el mostrar la sed, que le devoraba, del oro y las piedras preciosas que le ofrecían. Es su conducta en eso tanto más admirable cuanto que, al enfrenar los apetitos á que obedecían su salida de España, los riesgos que había corrido, sus instintos todos y ambiciones, sujetaba los de sus camaradas hasta privarles de lo que ya creían poseer legítimamente, por el derecho de conquista, reconocido en la misma culta Europa, cuanto más en aquellos países que, por salvajes, iban á someter y civilizar. En tal concepto, como en otros varios que hemos de tomar en cuenta, Pizarro merece un estudio del que, lo creemos sinceramente, resultará siempre el pensamiento de la comparación que de él vamos haciendo con el que tantos dones de talento, cultura y pericia debía al cielo y á la educación que le dieran sus ilustres padres. El maquiavelismo de Hernán Cortés para suscitar entre los indios y sus caciques las discordias que habrían de dividirlos y así desarmarlos; aquel atractivo que ejercitaba para comprometerlos en pos de sus banderas y contra un poder que tenían por incontrastable; el terror, á la vez, que inspiraba por su origen superior, sus diabólicas armas y la obediencia que le prestaban los monstruos con que los acometía, tan robustos como veloces; el espectáculo de su soberano humillado, de sus templos invadidos y de sus ídolos deshechos y por tierra, sin que intentaran siquiera vengarlos los dioses que habían sido de sus mayores, todavía queridos por ellos y reverenciados, obra era todo de un entendimiento extraordinario, del estudio y el cálculo en que se funda el conocimiento de los hombres que, como brazos de una sola rama en el organismo universal de la naturaleza, obedecen á las mismas pasiones, se rigen por iguales móviles y se encaminan á un término, el de la satisfacción de todo género de concupiscencias, fin único en el mundo de la materia.

Pues bien; no anduvo Pizarro torpe en la acción de las facultades que el cielo le había otorgado, instintivas, es verdad, y despertándose al contacto de la sociedad ruda y todo, en que se había metido desde su llegada á aquel nuevo mundo donde



la osadía y la avaricia iban á hacer oficio de talento y aun de genio en gentes decididas á enriquecerse ó morir.

Así como se propuso sacar ventaja de un espíritu de benevolencia que ciertamente no albergaba su alma, irritada por el estado de abyección en que se había visto, no perdonó esfuerzo de la experiencia adquirida en sus expediciones con Grijalba y Balboa para hacerse un partido entre sus compañeros y abrirse paso al corazón de los enemigos. Que no dejaba de haber originalidad en sus procedimientos, lo demuestra elocuentemente su conducta en la isla del Gallo, pero más aún la resolución, conforme en todo con ella, que tomó al emprender el asalto de los Andes y la marcha sobre el campamento peruano. Allí también invitó á sus camaradas á que, si dudaban de la victoria, se volvieran á San Miguel, cuyo presidio era tan exiguo; continuando los demás la jornada que se hallaba decidido con muchos ó pocos y el favor de Dios llevar á término. Y ¡lo que alcanzan la fe en una causa y la esperanza de su éxitos! Pizarro, ya elocuente al describir sus anteriores trabajos al Emperador con gran admiración de los circunstantes conocedores de su origen, se mostró mucho más ante sus soldados en tan crítica y solemne ocasión. «Que todos se animasen, les dijo según el concienzudo Oviedo en su *Historia de las Indias*, y esforzasen á hacer como de ellos esperaba y como buenos españoles lo suelen hacer, e que no les pusiese temor la multitud que se decía que había de gente, ni el poco número de los cristianos; que aun menos fuesen e mayor el ejército contrario, la ayuda de Dios es mucho mayor, y en las mayores necesidades socorre y favorece á los suyos, para desbaratar y abajar la soberbia de los infieles, e traerlos en conocimiento de nuestra santa fe católica».

Si admira la inacabable serie de arengas con que Hernán Cortés entusiasmaba á sus tropas, se atraía las voluntades más refractarias á la disciplina militar ó las de sus mismos enemigos, ¿cómo no aturdirse de que Pizarro, perseguido en España y encerrado en una cárcel por sus acreedores, alcanzase libertad y consideración de la corte imperial, y de sus levantiscos conmitones del Perú arranque tan gallardo como el á que nos estamos refiriendo en estos momentos? Porque no eran más que 100 infantes, de los que sólo tres arcabuceros y pocos también armados de ballesta, y 77 ginetes, los que le acompañaban, de quienes, para honra de nuestra raza, fueron nueve, únicamente entre unos y otros, los que se aprovecharon del pretexto, decente al decir de un historiador extranjero, que, con el de aumentar la guarnición de San Miguel, les dió su jefe para volverse. Pero más que esa elocuencia, con ser tan extraña, y más todavía que el valor, aun siendo ya temeridad si no locura, asombra el prestigio adquirido por Pizarro para obtener de sus camaradas tamaño sacrificio, concepto, ése, no menor al que proporcionaran á Cortés su triunfo de Tabasco, sus habilidades políticas con los caciques de Campoala, Quiabislan y Zimpacingo, así como la destrucción de sus naves.

Otra de las resoluciones que, no por ser igual á la de Cortés para ganar el Anáhuac por el camino más corto y, vencidos los Tlascaltecas, dirigirse á Méjico por Cho-



lula, ciudad llena de peligros según sus nuevos aliados, deja de ser también tan extraordinaria como bizarra, es la de, en vez de marchar sobre el Cuzco siguiendo consejos que, para otros, dictaba la prudencia, encaminarse sin rodeos ni vacilaciones al campo enemigo, al que precisamente quería atraerle Atahualpa con hueste innumerable que consideraba invencible por el puñado de extranjeros que tenían la audacia de llegarse á él, que nunca hasta entonces se había visto abandonado de la victoria.

Pero ya dentro de Méjico Hernán Cortés y en Caxamalca Pizarro, ¿quién de los dos revela mayor sagacidad? ¿quién obtiene con más justicia los favores de la fortuna?

Ambos los merecen, que si en algo suele fijarse la caprichosa divinidad que presidía á los destinos del mundo gentílico, es en recompensar los arranques, meditados ó no, de la audacia. Cortés ve en la prisión de Moteczuma el *Palladium* de la seguridad propia y la de los suyos en una ciudad tan poblada y cuyos habitantes le harán perecer con sólo cortar los diques que dan acceso á ella por entre las lagunas de que está rodeada. Ese *Palladium* no resulta, sin embargo, eficaz ni protector como esperaba; que si ya es atacado el cuartel de los españoles en vida del Azteca, desautorizándole los indios y hasta causando su muerte, tiene Cortés luego que abandonar la ciudad, envuelto en tal desastre como el que evoca en nuestra memoria el nombre de *La Noche Triste*. Contra lo que era de suponer, ese revés salva la grande empresa de la conquista de Méjico, imposible de realizar dentro de una población en que, no ya invasores, ni siquiera huéspedes podían considerarse nuestros compatriotas, sino prisioneros, dispuestos para su sacrificio en los *teocalis* consagrados á los groseros ídolos de un culto más bárbaro aún y cruento.

*La Noche Triste*, pues, y la batalla gloriosísima de Otumba son el fundamento verdaderamente sólido de la conquista de Méjico, al apoyo de una alianza, la de Tlascalla, que por sí sola hace el elogio de la política de Cortés, coronada con el espectáculo de casi todas las tribus y regiones del Anáhuac trabajando para la destrucción de su poderosa metrópoli. Es necesario remontarse á la época de mayor gloria de la república romana para observar la acción y los resultados de una política semejante; y, aun allí, no se hallarán ni más hábil aquella ni tan rápidos y decisivos los éxitos alcanzados por sus generales y procónsules.

Si Moteczuma se deja aprisionar y soporta resignado, al parecer, su suerte, influido por los misteriosos y tremebundos augurios que tan fatal y adversa se la habían anunciado, Atahualpa se presenta á Pizarro con su arrogancia por armas y la idea de su invulnerabilidad por escudo. Se ha dejado ver de los españoles en medio de un ejército que, por su fuerza y sus recientes victorias, cree incontrastable; y el pequeñísimo número de los que van á combatirle no le infunde sino desdén y quizás conmiseración por su temerario empeño. ¿Qué le importa que se anuncie aquel puñado de extranjeros como enviado por el monarca más poderoso de la tierra prometiéndole una amistad que desprecia y una protección que para nada necesita el Inca consagrado



por los Dioses y la Victoria? Ni le asalta temor alguno, ni recela tampoco lazo que mal puede ser lo bastante fuerte cuando se tiende en el aislamiento en que ve á sus huéspedes, tan lejos del mar y de sus más próximos camaradas. En vez del ejército, lleva su corte para que presencie el triunfo que va á obtener en Caxamalca; y no cambiando en él la idea de un arranque de audacia cuya explosión se volvería, en caso, contra sus mismos autores, se ofrece á sus efectos tranquilo y arrogante.

Y aquella visita es el Otumba del Perú; porque así como en el valle mejicano la catástrofe del cacique portador del estandarte imperial determinó la derrota y disolución de su grande ejército, á la que siguieron el sitio de Méjico y la caída de tan vasta monarquía, en Caxamalca y de un solo golpe, el de la prisión del Inca, sus tropas se dispersaron completamente, sometiéndose el país entero, y España obtuvo otro imperio tan extenso, tan rico y floreciente como el que doce años antes le había proporcionado Hernán Cortés.

La admiración que causó suceso tan inesperado y decisivo para la suerte de nuestras armas en tan extraordinaria jornada, se comunicó con la celeridad del rayo al mundo de entonces; extendióse, luego, á las edades sucesivas por cien conspicuos historiadores que se complacieron en transmitirlo, embargados por el asombro en ellos producido también, y todavía se coge la pluma para recordarlo con el ánimo lleno del entusiasmo patriótico y del pasmo que no puede menos de provocar la memoria de una hazaña realmente inexplicable.

Es muy difícil sin tales antecedentes hallar en empresas de igual índole los puntos de semejanza que creemos haber logrado observar en las de Méjico y el Perú. Aun cuando para explicarse tan rara conformidad en el pensamiento de ambas, en la marcha y resultado de sus operaciones, se apele á la razón, que no hemos querido esconder, de la diferencia en el tiempo y la posible y aun probable imitación de la primera para el logro de la segunda de ellas, hay que convenir en que no se presentan casi nunca reunidas circunstancias tan semejantes como para poderse aprovechar por el talento, cabe decir, de otro y por la experiencia también ajena. Las noticias de Cortés, vamos á conceder más, sus lecciones, eran, tanto como dignas de estudio para Pizarro, utilizables en cierto grado por ser tan parecido el objeto á que se referían, el del reconocimiento y conquista de territorios ocultos hasta entonces en las tinieblas y en el misterio de lo desconocido. Pero al practicar esas enseñanzas quien careciese de las dotes que con tal fulgor resplandecían en el maestro, parece que debiera del mismo modo y proporcionalmente sentirse la inferioridad del discípulo. Y, sin embargo, el éxito fué en el Perú más rápido é igualmente decisivo que en Méjico.

El triunfo de Pizarro es necesario irlo á investigar en causas de naturaleza muy aparte de las que pudieran tener su origen en la fuerza que llevaba y en las direcciones en que hubiese de actuar, y, entre esas causas, se ofrecen á la memoria, como menos remotas y de presumir, los obstáculos que estaba llamado á superar y las resistencias que habría de vencer.



Pero aquí surge también la ocasión de otro paralelo, y tan curioso, que provoca á nuevo estudio y parece reconocer por motivos otros que los del acaso y aun de la naturaleza, pues que ésta ya lo hemos dicho, se revela varia y dispersa en sus manifestaciones más visibles y generales. Porque, siendo distintas las regiones méjica y peruana y hallándose, además, privadas de toda comunicación entre sí por lo enorme de las distancias que las separan y su estado social en aquel tiempo, no parece sino que la Providencia quiso prepararlas para que, vencidas tan fácil y rápidamente por una acción igual en sus medios y procedimientos, fuesen entregadas á aquella iniciativa española que desde las torres de la Alhambra debía extenderse hasta fundar el imperio más robusto de Europa y conseguir la conquista y civilización de nuevos mundos, ocultos hasta entonces y dispersos por toda la redondez de la tierra. Los indios peruanos parecían los mismos que Cortés había encontrado en Méjico; y el Inca no valía más ni menos que Moteczuma. Aquellos eran vencidos y se dispersaban con la misma facilidad; y si los mejicanos no lo hacían por la muerte de su soberano como los del Perú, la caída de su oriflama en manos del enemigo, determinaba la derrota más vergonzosa de quienes ya tenían la victoria en las suyas. De los peruanos ha dicho Prescott: «Habían mostrado un carácter dulce y sumiso que inspiraba á los conquistadores demasiado desprecio para darles ocasión de temer. Habían mirado impasibles la usurpación de los invasores, la ejecución de un monarca, el nombramiento de otro para ocupar el trono vacante, los templos despojados de sus tesoros, su capital y su país presa de los españoles que se los repartían entre sí; pero á excepción de algunas escaramuzas en los pasos de las montañas, ni un solo golpe habían dado en defensa de sus derechos. ¡Y, sin embargo, aquella era una nación que había extendido sus conquistas por una gran parte del continente!» Pues bien; si no puede decirse lo mismo de los mejicanos, que en los combates reñidos en las calles y en el asalto del gran Teocali, en la Noche Triste y en la defensa, sobre todo, de la infeliz ciudad, revelaron un valor y una pertinacia que los honran, también vieron la muerte de su nuevo emperador con la indiferencia y la impasibilidad del que, embargado por el miedo, desespera de su salvación para siempre. ¡Y, sin embargo, podemos decir al unísono del historiador americano, Méjico era una nación que había con las armas extendido su dominio por todo el Anáhuac y los derrames de la gran cordillera ándica al golfo de las Antillas y al mar del Sur! Y si esos dos pueblos ofrecen para su estudio tales rasgos fisonómicos en su aspecto moral y político, ¿cuáles hemos de señalar en él á los encargados de su gobierno y suprema dirección?

Moteczuma y Atahualpa se muestran tan inocentes uno como otro para, después de recurrir á las mismas habilidades de sus embajadas é imposiciones, meterse en los antros donde los españoles podían desplegar los enérgicos, eso sí, pero exiguos medios de que les cupiera disponer. ¿Es que estaban turbadas sus inteligencias por los fatídicos augurios, que tanto impresionaron al primero, ya que parecen inventados después los que se dice asaltaron la mente y el corazón del segundo, y en éste



por su arrogancia característica y la confianza que debía inspirarle ejército tan numeroso y aguerrido como el que le acompañaba? Lo cierto, lo indudable es que Cortés y Pizarro parecían combatir á unas mismas gentes y habérselas con generales y soberanos que en nada se diferenciaban, ni en su torpeza ni en sus preocupaciones.

Trabajo, y laboriosísimo, ha de ser el de formar juicio exacto de una raza como la que se ofreció al examen de Colón y al de sus sucesores en el descubrimiento y conquista de América. Pero debe serlo aún mayor y más arduo el de descubrir los orígenes de la debilidad que, mejor que el gran navegante á quien sólo cupo reconocer una zona sumamente limitada, toda ella costanera, pudieron apreciar Cortés y Pizarro en las dos vastísimas regiones que resultaron después ser las más poderosas y cultas de aquel continente, extendido, puede decirse que de polo á polo. Dominadas con facilidad, verdaderamente admirable, por tan exigua fuerza que, por otra parte, ejercitaron distintas manos y dirigieron inteligencias muy diferentes también, algo hay en la manera de ser de aquellos pueblos que les impide desplegar las fuerzas de su número y de las condiciones topográficas y climatológicas de su territorio. Ni la ignorancia, lo muelle de su temperamento y sus costumbres, ni su organización y supersticiones bastan á explicar suficientemente tal estado de flaqueza como el que representa su vencimiento por un puñado de hombres, si extraordinariamente enérgicos, devorados por sus ambiciones, rivalidades y envidias. Porque si Cortés se vió obligado por el desembarco de Pánfilo Narváez á abandonar Méjico, que no otra cosa era el dejar ciudad tan populosa bajo la vigilancia del pequeñísimo número de los españoles de Alvarado, Pizarro se encontró á los pocos días de su triunfo envuelto en una guerra civil que no acabó ni aun después de su muerte. Y, sin embargo, Moteczuma, que tan felices resultados esperaba de las disensiones de los españoles, dejó su suerte en manos del destino, sin hacer nada para atraérselo á su favor, y el sucesor de Atahuallpa, aun combatiendo valerosamente, como Cuauhtemoc en Méjico, tuvo su mismo fin, si éste, muerto en el patíbulo por delito de conspiración, asesinado aquél cuando se creía más próximo á satisfacer la propia venganza y la de su país.

Difícilmente, repetimos, podrá ofrecerse un paralelo que reuna la suma de coincidencias que el de este escrito, entre las dos jornadas que dieron á España el dominio de Méjico y del Perú, así como también entre los dos caudillos que las mandaron y dirigieron. Y eso, prescindiendo de las mil apreciaciones que aparecen en diferentes libros de entre los que se refieren á tan magnífica epopeya como la creada por la leyenda, la tradición y, más que nada, la historia de esas admirables empresas y reproducida en todos los idiomas del mundo. Se ha pretendido ennegrecer la brillante aureola que envuelve los nombres de los dos insignes patricios que con sus altos hechos lograron obtenerla de la opinión de propios y extraños, manchándola con la memoria de las tiranías ejercidas en ambos países al incorporarlos al imperio español; pero, aun sin entrar en su juicio ni eludir la responsabilidad de los que pudieran ejercerlas, basta, para explicarlas, una consideración, la de que no



se conquistan, triste es decirlo, países tan extensos y poblados de gentes desprovistas de cultura, idólatras y, algunas, entregadas al canibalismo, con la persuasión tan sólo y la dulzura evangélicas, necesitándose el uso de la fuerza y del rigor y la severidad más ejemplares cuando, sobre todo, ha de tratarse de privarlas de su libertad y de la independencia de su patria. No hemos disimulado en Pizarro sus instintos crueles, fruto, eso sí, del rudísimo trabajo y las privaciones que sufrió en su infancia, ni intentamos disculpar su conducta para con Atahualpa, aun pudiéndola tener por política en el fondo al considerar peligrosa la existencia á su lado ó bajo su férula de quien días antes ejercía el poder supremo en un país que le adoraba al par de sus dioses. Esos instintos, no moderados por género alguno de educación, pero ocultos en los comienzos de su jornada por el esmero con que Pizarro procuró inspirar confianza en los indios que iba á someter, se pusieron también de manifiesto en la lucha entablada luego con sus émulos y los avaros y procaces partidarios que le acompañaban ó le siguieron después, lucha que, como toda guerra civil, revistió los caracteres de la más refinada inhumanidad.

Y esa es una de las diferencias más de notar entre Cortés y Pizarro; porque el conquistador de Méjico no llegó á manchar su nombre con acto alguno de crueldad de esos que constituyen la esencia de un carácter ó de una política ejemplares. El hecho solo de la presentación de Cuauhtemoc, aprisionado por los bergantines al huir en los últimos momentos de Méjico, ofrece tal fondo y formas tan clásicas de magnanimidad que es necesario remontarse á la historia del drama macedónico para hallar un punto de comparación con él, justo y exacto. Que si el desventurado Azteca, sucesor de Moteczuma, hubo, según ya hemos indicado, de recibir de Cortés la muerte que, dijo, no haberse él mismo dado al hacerse aquél dueño de Méjico, los españoles que entonces la lamentaron, confiesan, al igual de los mejicanos que iban también á la jornada de Acala, sus conferencias y tratos para sorprender y matar al que tan generosamente le había perdonado antes y después le conservaba en el trono, siquiera nominal, de sus mayores. Pero ¿cómo respondió Cortés á las diarias hecatombes de sus camaradas en los templos de Méjico? ¿cómo al peligro de ser él uno de los sacrificados, caído dos veces en poder de sus enemigos y salvado, como por milagro, de sus garras? Con el perdón, y, ése, general y completo, sin excepciones con que fueran castigadas las violencias, las perfidias y actos de verdadero salvajismo de que resultaron víctimas muchos de sus compañeros de armas.

La que Cortés manejó con frecuencia y con superior éxito fué el arma de la política que, si puede conducir á un fin lamentable para el que se hace blanco de ella, reviste formas de cultura, suaves, nunca lo repugnantes que las de la fuerza y menos las de la crueldad. Apoyada en un valor que nadie ha sabido revelar más eficaz y gallardo, y en talentos militares que sus mismos soldados fueron los primeros en admirar, la política de Cortés alcanzó resultados que en Méjico no hubiera conseguido la violencia, desnuda de todo otro atavío que los hiciera aceptar con resignación, elevándose así nuestro insigne compatriota á la esfera de los grandes hombres,



en la que nadie podrá negarle con justicia uno de los más privilegiados asientos. Y si como no puede menos de suceder por la semejanza de sus empresas y la identidad de sus éxitos, al par del glorioso nombre de Hernán Cortés correrá de boca en boca y en las perdurables páginas de la historia el de Francisco Pizarro, su paisano, émulo y pariente, nunca será con el aplauso que sólo hace unánime ese conjunto de virtudes que adornan la ingente figura del conquistador de Méjico.

JOSÉ G. DE ARTECHE



1 Flaloc, dios de la tierra en el culto anterior á las tribus aztecas. El original de pórfido se conserva en el Museo Nacional de Méjico.



ESCUELA DE ESTUDIOS  
HISPANO-AMERICANOS

BIBLIOTECA





HERNAN CORTÉS

*El Centenario.*

*Revista Ilustrada.*





FRANCISCO PIZARRO

*El Centenario.*

*Revista Ilustrada.*



ESCUELA DE ESTUDIOS  
HISPANO-AMERICANOS  
BIBLIOTECA

CONTENIDO